LIBRO dot.com

Un hombre con manías

Robert Bloch

LIBRO dot.com

http://www.librodot.com

Serían más o menos las diez cuando salí del hotel. La noche era cálida y necesitaba beber algo.

Era insensato probar en el bar del hotel porque el lugar era como un manicomio. La Convención de jugadores de bolos también lo había invadido.

Bajando por Euclid Avenue tuve la impresión de que todo Cleveland estaba lleno de jugadores de bolos. Y lo curioso es que la mayoría de ellos parecían ir en busca de algo que beber. Cada taberna que pasé estaba abarrotada de hombres en mangas de camisa, con sus distintivos. Y no porque necesitaran identificación, la mayor parte llevaba en la mano la característica bolsa con la bola dentro.

Cuando Washington Irving escribió sobre Rip van Winkle y los enanos, demostró que entendía perfectamente a los jugadores de bolos. Bueno, en esta Convención no había enanos..., solo bebedores de tamaño natural. Cualquier zumbido de truenos de las distantes montañas hubiera sido ahogado por los gritos y las carcajadas.

Yo deseaba quedar al margen. Así que dejé Euclid y seguí andando al azar, en busca de un lugar tranquilo. Mi propia bolsa empezaba a pesarme. En realidad, me proponía llevarla a la estación y dejarla en consigna hasta la hora del tren, pero antes necesitaba beber.

Por fin encontré un lugar. Era un local oscuro, tétrico, pero también desierto. El encargado de la barra estaba completamente solo, en un extremo, escuchando un partido por radio.

Me senté cerca de la puerta y deposité la bolsa sobre el taburete, a mi lado. Pedí una cerveza:

—Tráigame una botella —dije—, así no tendré que interrumpirle.

Lo hacía sólo por mostrarme amable, pero podía haberme evitado la molestia. Antes de tener la oportunidad de volver a su partido, entró otro cliente.

—Whisky doble, olvídese del agua.

Levanté la cabeza.

Los jugadores de bolos habían ocupado efectivamente la ciudad. El cliente era un hombre grueso, de unos cuarenta años, con arrugas que le llegaban casi arriba de la calva. Llevaba abrigo y la inevitable bolsa: negra, abultada, muy parecida a la mía. Mientras le miraba, la colocó cuidadosamente sobre el taburete contiguo y alcanzó su vaso.

Echó la cabeza hacia atrás y tragó. Pude ver el movimiento de su cuello blancuzco. Luego empujó el vaso vacío:

—Otro —dijo al de la barra—. Y baje la radio, ¿quiere, Mac?

Sacó un puñado de billetes. Por un momento la expresión del de la barra dudó entre una mueca y una sonrisa. Pero al ver los billetes lloviendo sobre la barra, ganó la sonrisa. Se encogió de hombros, manipuló el control del volumen y redujo la voz del comentarista a un lejano zumbido. Yo sabía lo que estaba pensando: "Si me pidiera cerveza le mandaría al infierno, pero este tío está pagando whisky".

El segundo vaso bajó casi tan de prisa como el volumen de la radio.

—Otro —ordenó el fornido.

El de la barra volvió, le sirvió, cogió el dinero, lo metió en la caja registradora y marchó al extremo del mostrador. Allí se agachó sobre la radio, tratando de captar la voz del comentarista.

Contemplé como desaparecía el tercer vaso. El cuello del desconocido era, ahora, de un rojo vivo. Tres vasos de whisky en dos minutos producen maravillas en la tez. También sueltan la lengua.

—Juegos de pelota —masculló el desconocido—. No comprendo como alguien puede escuchar ese rollo... —Se secó la frente y me miró—. A veces, uno tiene la idea de que no hay nada más en el mundo que aficionados al béisbol. Un puñado de locos desgañitándose por nada, durante todo el verano. Luego viene el otoño y empiezan los partidos de fútbol. Exactamente igual, sólo que peor. Y tan pronto termina, empieza el baloncesto. ¡Santo Dios!, pero, ¿qué ven en ello?

—Todo el mundo tiene alguna manía — dije.

—Sí. Pero, ¿qué clase de manía es ésta? Quiero decir, ¿quién puede excitarse al ver a un grupo de monos peleando por agarrar una pelota? No me digan que les importa de verdad quien pierda o quien gane. Muchos van a un partido por diferentes razones. ¿Ha ido alguna vez a ver un partido, Mac?

—Alguna que otra vez.

—Entonces ya sabe de lo que estoy hablando. Les ha oído allí; les ha oído gritar. Esta es la razón por la que van..., por gritar. Y, ¿qué es lo que gritan? Se lo diré: ¡Matad al árbitro! Sí, eso es lo que gritan: ¡Muerte al árbitro!

Terminé rápidamente lo que me quedaba de cerveza y empecé a bajar del taburete.

—Venga, una más, Mac —me dijo—. Le invito.

Sacudí la cabeza.

—Lo siento, tengo que coger el tren a medianoche.

Miró el reloj.

—Tiene tiempo de sobra.

Abrí la boca para protestar, pero el de la barra estaba ya abriendo una botella y sirviendo whisky al forastero. Éste volvía a hablarme:

—El fútbol es peor. Uno puede hacerse mucho daño jugando al fútbol, algunos se lastiman de verdad. Y esto es lo que la gente quiere ver. Y chico, cuando empiezan a gritar pidiendo sangre, se le revuelve a uno el estómago.

—No sé. Después de todo, es una forma inocente de liberar las represiones.

Puede que me entendiera, puede que no, pero asintió con la cabeza.

—Libera algo, como usted dice, pero no estoy seguro de que sea tan inocente. Fíjese en el boxeo y en la lucha libre. ¿Llama usted deporte a eso? ¿Le llamaría pasatiempo, manía...?

—Bueno —ofrecí—, a la gente le gusta ver cómo se sacuden.

—Claro, sólo que no lo confiesan. —Su rostro ahora estaba completamente rojo; empezaba a sudar—. ¿Y qué me dice de la caza y la pesca? Si lo piensa bien, viene a ser lo mismo. Sólo que ahí es uno mismo el que mata. Coge un arma y dispara contra un pobre animal tonto. O corta un gusano vivo y lo mete en un anzuelo y el anzuelo corta la boca de un pez, y usted lo encuentra excitante, ¿no?, cuando entra el anzuelo y pincha y destroza...

—Espere un momento. Puede que no esté mal. ¿Que es un pez? Si así se evita que la gente sea sádica...

—Déjese de palabras rimbombantes —me interrumpió. Luego me guiñó el ojo—. Sabe que es cierto. Todo el mundo siente esta necesidad, tarde o temprano. Ni los juegos ni el boxeo les satisfacen realmente. Así que, de vez en cuando o con frecuencia, necesitamos tener una guerra. Entonces hay una buena excusa para matar de verdad. Millones.

Nietzsche creía ser un filósofo lúgubre. Tenía que haber sabido lo de los whiskys dobles.

—¿Qué solución encuentra? —Me esforcé por eliminar el sarcasmo de mi voz—. ¿Cree que se haría menos daño si se suprimieran las leyes contra el crimen?

—Tal vez. —El calvo contempló su vaso vacío—. Depende de quien fuera asesinado. Supóngase que sólo se asesinaran a vagos y vagabundos. O a las putas, quizá. Ya me entiende, alguien sin familia, sin parientes, sin nada. Alguien que no se echara en falta. Uno podría salirse sin que le cogieran.

Me incliné hacia delante, y mirándole fijamente le pregunté:

—¿Cree que podría?

No me miró. Contempló su bolsa antes de contestar.

—Entiéndame, Mac —dijo con una sonrisa forzada—. Yo no soy un asesino. Pero estaba pensando en un tipo que solía hacerlo. Aquí, en esta ciudad, además. Pero de eso hará unos veinte años.

—¿Le conoció?

—No, claro que no. Nadie le conocía, ahí esta lo bueno. Por eso se libraba siempre. Pero todo el mundo sabía de él. Lo único que había que hacer era leer los periódicos. —Terminó su vaso—. Le llamaban el Sajatorsos de Cleveland —continuó—. En cuatro años cometió trece asesinatos, en Kingsbury y por los alrededores de Jackall Hill. La Policía se volvía loca tratando de encontrarle. Suponían que venía a la ciudad los fines de semana. Encontraba algún desgraciado o atraía a un vagabundo a un callejón o en los vertederos cerca de las vías. Les prometería darles una botella o algo. Y hacía lo mismo con las mujeres. Después sacaba su navaja.

—Quiere decir que no eran pasatiempos, que no se engañaba. Iba a matar.

El hombre asintió.

—En efecto. Verdaderas emociones y un auténtico trofeo final. Verá, le gustaba cortarles sus...

Me puse en pie y alargué la mano hacia la bolsa. El forastero se rió:

—No tenga miedo, Mac. Ese tío abandonó la ciudad en 1938 o así. Quizá cuando empezó la guerra se fue a Europa y allí se alistó. Formaría parte de algún comando y así siguió haciendo lo mismo..., sólo que entonces era un héroe en lugar de un asesino. ¿Me comprende?

—Tranquilo —le dije—. Le comprendo muy bien. Pero, no se lo tome así. La teoría es suya, no mía.

Bajó la voz:

—¿Teoría? Puede que sí, Mac. Pero esta noche he tropezado con algo que le impresionaría de verdad. ¿Por qué supone que he estado tragando todos esos vasos?

—Todos los jugadores de bolos beben —le dije—. Pero si realmente piensa así de los deportes, ¿cómo se ha hecho jugador de bolos?

El calvo se acercó a mí:

—Un hombre tiene derecho a tener manías, Mac, o estallaría. ¿Entiende?

Abrí la boca para contestarle, pero antes de poder hacerlo oí otro ruido. Ambos lo oímos a la vez..., el zumbido de una sirena en la calle.

El de la barra levantó la cabeza y comentó:

—Parece como si viniera hacia aquí, ¿verdad?

El calvo se puso de pie y se encaminó a la puerta. Corrí tras él:

—Tome, no se olvide de la bolsa.

Ni me miró. Murmuró:

—Gracias. Gracias, Mac.

Y se fue. No se quedó en la calle, sino que se perdió por un callejón entre dos edificios cercanos. En un momento desapareció. Me quedé en el umbral mientras la sirena atronaba la calle. Un coche patrulla paró frente a la taberna, pero no paró el motor. Un sargento de uniforme llegaba siguiéndole por la acera, corriendo, y se paró sin aliento. Miró la acera, miró el interior de la taberna, me miró a mí.

—¿Ha visto a un hombre grueso, calvo, con una bolsa de jugador de bolos? —jadeó.

Tuve que decirle la verdad.

—Pues, sí. Salió de aquí no hace ni un minuto...

—¿En qué dirección?

Señalé entre los dos edificios y él gritó unas órdenes a los hombres del coche patrulla. El coche arrancó y el sargento se quedó atrás.

—Cuénteme —me dijo, empujándome otra vez dentro.

—Está bien, pero, ¿de qué se trata?

—Asesinato. En el hotel de la Convención de jugadores de bolos. Hace cosa de una hora. El botones le vio salir de la habitación de una mujer, y sospechó que era un amigo del bien ajeno, porque le vio utilizar la escalera en lugar del ascensor.

—¿Amigo de lo ajeno?

—Ratero..., ¿sabe? Rondan las convenciones, se meten en las habitaciones y roban lo que pueden. En todo caso, éste salió corriendo de la habitación. El botones se fijó bien en él y avisó al policía de la casa. El policía encontró a la mujer en la cama. Le había rebanado el cuello, y bien. Pero el tipo llevaba mucha ventaja.

Respiré profundamente:

—El hombre que estaba aquí —dije—. Robusto, calvo... Estuvo hablándome del Sajatorsos de Cleveland. Pero pensé que estaba borracho o que...

—La descripción del botones concuerda con la que nos dio un vendedor de periódicos de esta calle. Le vio venir hacia aquí. Como usted dice, era un tío robusto y calvo.

Se quedó mirando mi bolsa.

—Se llevó la suya, ¿verdad?

Afirmé con la cabeza.

—Esto fue lo que nos ayudó a seguirle hasta aquí. Su bolsa de jugador de bolos.

—¿Alguien la vio?, ¿la describió?

—No, no hacía falta describirla. ¿Se fijó en que vine corriendo por la acera? Estaba siguiendo el rastro. Y aquí mismo..., eché una mirada al suelo, debajo del taburete. Mire. Como puede observar no llevaba una bola en su bolsa. Las bolas no gotean.

Me senté en mi taburete y la habitación pareció dar vueltas. No me había fijado en la sangre antes. Levanté la cabeza. Un policía entró en el local. Había venido corriendo a juzgar por cómo resoplaba, pero su rostro no estaba sofocado. Tenía un color blanco verdoso.

—¿Le alcanzaron? —preguntó el sargento.

—Lo que quedó de él. —El policía apartó la mirada—. No quiso detenerse. Disparamos por encima de su cabeza, a lo mejor oyó usted el disparo. Saltó la valla que hay detrás de esta manzana, corrió hacia la vía y lo arrolló un mercancías.

—¿Está muerto?

El sargento soltó una palabrota entre dientes.

—Entonces no podemos estar seguros —comentó.

—Quizá, después de todo, no era más que un ratero.

—Ya lo verá —dijo el policía—. Hanson trae su bolsa. Cayó lejos de él cuando el tren le embistió.

En aquel momento, otro policía entró con la bolsa. El sargento se la quitó de las manos y la puso sobre el mostrador.

—¿Era ésta la que llevaba? —me preguntó.

—Sí.

La voz se me pegó a la garganta. Me volví, no quería ver como el sargento abría la bolsa. Ni quería ver sus rostros cuando miraran dentro. Pero, naturalmente, les oí. Creo que Hanson se mareó.

Di al sargento mi declaración oficial, tal como me pidió. Quería un nombre y una dirección y se los di. Hanson tomó nota de todo y me hizo firmar.

Le conté la conversación con el desconocido, toda la teoría del asesinato como manía o pasatiempo, la idea de elegir a los desgraciados de este mundo como víctimas, porque nadie les echaría en falta.

—Suena a loco, cuando se habla así, ¿verdad? Yo todo el tiempo creí que hacía comedia.

El sargento miró la bolsa y luego me miró a mí:

—No era comedia. Era, probablemente, la manera de funcionar de la mente de un asesino. Conozco bien su historia..., todos los de la Policía han estudiado los casos del Sajatorsos, durante años. La historia concuerda. El asesino dejó la ciudad hace veinte años, cuando la cosa se puso difícil. Probablemente se alistó en Europa y, tal vez, se quedó en los países ocupados cuando terminó la guerra. Después sintió la necesidad de volver a empezar de nuevo.

—¿Por qué? —pregunté.

—¡Quién sabe! Puede que para él fuera un pasatiempo. Una especie de juego. Quizá le gustaba ganar trofeos. Pero imagínese el valor que tuvo, metiéndose en plena Convención de jugadores de bolos y llevando a cabo semejante cosa. Con una bolsa para poder llevarse...

Imagino que se fijó en mi expresión, porque apoyó su mano en mi hombro.

—Perdóneme. Comprendo cómo se siente. Estuvo en gran peligro, hablando así con él. Probablemente el más inteligente de los asesinos psicópatas que jamás hayan vivido. Considérese afortunado.

Asentí y me dirigí a la puerta. Todavía podría alcanzar el tren de medianoche. Coincidía con el sargento sobre el riesgo corrido, y sobre el más inteligente de los asesinos psicópatas del mundo.

También estuve de acuerdo en lo afortunado que era. Quiero decir cuando, en el último momento, el ratero salió huyendo de la taberna y yo le entregué la bolsa que goteaba. Fue una suerte para mí que jamás pudiera darse cuenta de que había cambiado mi bolsa por la suya.